

Memorias del 58

Carmen I. García



Los veranos se suceden una vez más, y aquí están los chopos, copudos y frondosos, irguiéndose festivos en la pequeña ribera del río Peñel, el coche de línea traqueteando por la carretera polvorienta, la esfinge de la torre de la iglesia, sobria, esbelta, con su ábside gótico, y la plaza mayor, centro neurálgico del pueblo, con la chiquillería alborotada al salir de la escuela en alborozado griterío. El caserío desparramado en torno a la explanada del castillo con la vieja espaldera que hace las veces de frontón. El cura, don Eusebio, tras el balón con la sotana remangada rodeado de sus pequeños feligreses animados en el simple deporte de correr. Y las niñas modosas y educadas saludando al vicario besándole la mano. Todo está ahí vivo..., todavía. Ni siquiera la hora de la tarde ha cambiado, siempre dando las cinco el reloj del ayuntamiento en una cita puntual y permanente en la que un trastabillante “Ford” amarillo con el rótulo frontal “Majarón-Villacidiana” en la parte superior, es el nexo de conexión entre el vecindario rural y el otro mundo urbano desde donde llegan el correo, las medicinas, y las compras encargadas al chófer solícito y servicial que siempre cumple los recados.

Después de desprenderse de su carga humana y material, el traqueteante coche de línea pone en marcha su motor tras no pocos esfuerzos

con la manivela del arranque. Peor resulta durante el invierno, entonces sí que al chófer se le escapa alguna frase malsonante. Diariamente, la baca del vehículo se llena de maletas, cestos, paquetes mal hechos, trastos, cajas y toda suerte de equipajes. Con frecuencia, aparecen las despedidas a la maestra que no dura más de un par de cursos. Es una cita rutinaria el ir y venir hasta Villacidiana, que tiene estación, pista de baile, dos casinos, un cine, fábricas, talleres, farmacias, bancos, carnicerías, pescaderías, fruterías, tiendas de ultramarinos y confecciones que abastecen a los pueblos de los alrededores. ¡Qué suerte deben tener los vecinos de Villacidiana!. ¡Aquello es un pueblo!. Además, por tener carretera nacional, pueden ver al Caudillo reclinado en su asiento de atrás cuando viaja en un automóvil negro, reluciente, y pasa siempre acompañado de una numerosa comitiva de coches negros y brillantes. Alineados a uno y otro lado de la carretera están los escolares de Villacidiana, educados en el Nacionalindicalismo de las FET y de las JONS, a golpe de Enciclopedia Álvarez, las niñas uniformadas con bata de algodón azul y cuello de piqué blanco, los niños de flechas y requetés, y cada uno con la banderita de papel de seda rojo y gualda, agitándola al paso de tan eximias personalidades.



No es poca suerte el tener además una estación de ferrocarril, aunque a los villacidianos les lleguen las nubes de carbonilla al paso de la locomotora de vapor que desprende un humo pesado y blanco arrastrando los vagones de madera con los viajeros apiñados en las ventanillas. ¡Qué suerte tienen los de Villacidiana! Pueden viajar en esos trenes sólo con sacar billete desde la

estación hasta la capital de España, o hasta Valladolid, que es una ciudad cultural y de gente con mucho intelecto, o hasta Zaragoza, o a la industrial Barcelona, una capital donde abundan las fábricas, los talleres, las oficinas. Ellos, los de Majarón han de aguantar las dificultades de la carretera llena de baches y curvas, en el verano respirar la polvareda que inunda el interior del autobús, y en el invierno bajarse a empujar a semejante tatarro cuando la correa del ventilador se ha roto, se ha pinchado una rueda, o el radiador se ha calentado y hay que orillar en la cuneta hasta que el Antonio repara la avería, para poder llegar a tiempo hasta la estación de ferrocarril, y subir al tren que les lleva a esa tierra de promisión donde todos encuentran un buen trabajo y ganan mucho dinero.

Ahora muchos vuelven en pleno estío. Algunos hacen coincidir las vacaciones, los días reglamentarios de su permiso laboral con las fiestas patronales de septiembre. Todos cuentan lo bien que les va. Son jefes en las oficinas, capataces en los talleres, encargados en la construcción, supervisores en las fábricas. Han prosperado. ¡Qué suerte han tenido al marchar del pueblo! Les ha desaparecido la ridícula pinta de catetos con pantalón de pana y boina. Ya no respiran el hedor de la cuadra de las mulas, ni están pendientes del herraje, collerones, cinchas y arreos además de las improvisadas conductas de los animales. Se acabó el gritar a las caballerías. Ya no hay que limpiar la corte de los cerdos. Las mozas que se arriesgaron a hacer cumplir su sueño en la capital, han dejado de lustrar las calderas de cobre en el río helado empleadas para la matacía del puerco, y ahora ya no tienen que bajar a la fuente y subir cargadas como burras con los cántaros de agua. Unas se han casado, y hoy, son las mujeres de los jefes de las oficinas, de los capataces de los talleres, de los encargados de la construcción, y de los supervisores de las fábricas. Otras, esperan su príncipe azul, como en los seriales de la radio.

Se apean en el andén descendiendo del tren con ese aire de quién ha llegado a las alturas en muy poco tiempo. El jefe de estación, los mozos, el muelle, el ruido de la máquina, el fogonero repostando el carbón, envuelto en

sudor limpiando aquí y allá, la mujer de los bocadillos, el heladero voceando su mercancía. Y allí está el coche de línea "Majarón-Villacidiana" con el mismo chófer ajetreado con los paquetes que van y vienen en el furgón correo. Saludos, esperas. Y más exiguos de equipaje, que cuando se marchan del pueblo repletos de viandas escogen su asiento. Hay que darse prisa en coger sitio porque con tantos viajeros igual alguno tiene que ir de pie como sardinas en lata. Si sube la pareja de la Guardia Civil no le quedará más remedio a la empresa del transporte que hacer otro viaje si hay mucho exceso, por el contrario si son sólo cuatro o cinco las personas que no se acomodan harán la vista gorda.

Algún corte de traje como obsequio para los padres, la caja de puros para los amigos, y el gasto de los billetes, han mermado el ahorro. El sueldo no es que dé para muchas harturas. Al año próximo con el trabajo fijo, intentarán conseguir un crédito bancario y el aval de las tierras servirá para comprarse un utilitario a letras, la lavadora y el frigorífico. Cuando vengán estrenarán su carnet de conducir, ¡a ver si se ha creído el Antonio que sólo él va saber guiar un coche!. Mira el chico del Matías el pastor, ahora de policía municipal en Zaragoza, eso es un buen porvenir. Ya desertará del arado alguno más. ¡No les envidian poco su posición!.

-Eso es vivir-, dice el hijo de Indalecio-, en la capital, hay campo para todo, en un par de años ganas más de paleta en la construcción que toda la vida en el pueblo dependiendo de la cosecha, siempre mirando al cielo.

- Aquí estamos hechos unos esclavos,-apostilla Juan-, ya lo ves, me parece que en cuanto salga de la mili me voy de operario a una empresa de lavadoras, que me han dicho que piden gente, que yo no estoy ya por quedarme aquí. Le he dicho a mi padre que si quieren quedarse con mi parte de las tierras mis otros hermanos, ya arreglaremos lo que sea, pero que yo no estoy por seguir a la vuelta del servicio militar.

- ¿Sabéis que la Lucía y la Sonia se irán a estudiar a Zaragoza? A este

paso..., ¿No visteis a la Sara subir al coche de línea?.

- Su madre dice que le han buscado una buena casa para servir en Barcelona.

- ¡Vaya pájara!. No dijo ni pío. Esa tiene muchos pajarillos. Aunque a mí me provocó...pero se llevó chasco.

- ¡No amueles!.

- Como os lo cuento. Venía cargada con un par de canastos de la huerta, y me salió al encuentro. A mí no me la da.

- Pues yo me la habría tirado allí mismo.

- ¡Quita! Que igual me cargo el paquete de alguno. ¡Eso sí, a la que pille el día que me vaya al servicio!...

- ¡Bah! Igual te pescan como a un lila, que las mozas de las capitales saben mucho y hay mucho engaño.

- Siempre estáis con lo mismo, -apostilla otro-, pero yo lo que veo que aquí de juventud no vamos quedando más que los tontos.

- Vivir aquí en Majarón es para hacerles ricos al Mateo y al Justo, y al del coche de línea, y que prosperen a costa de los de Majarón unos cuantos vivos de Villacidiana.

- ¡Menudos son!, -asienten todos con acuerdo-, no ganan poco comprando los huevos a cuenta del bacalao, el aceite y otras cosas. Y los corderos ¿a como pagan los corderos los carniceros de Villacidiana? ... pues a como quieren.

- Os advierto, -asevera Juan-, que es lo que dice mi padre, de comerciante a ladrón no hay más que un escalón.

Desde el inicio de las vacaciones escolares que siempre coinciden con las labores de siega y de trilla, el aventar la paja y el almacenaje de la cosecha, trigo y cebada principalmente, hasta las fiestas patronales de septiembre con la recolección de las uvas, las peras, las nueces, las manzanas, el pueblo es un hervidero de actividad compartida también con el sudor de los animales de carga. El tableteo de las patas de las yuntas de labor y las voces graves de los hombres, se entremezclan en las alboradas matutinas, y algún relincho, patada

y sacudida de rabo, se deja escapar de las bestias molestas con las moscas que succionan la piel baya de los ijares, cuando el calor aprieta en las horas centrales del día.



Ya han llegado bien escasos de bártulos, los segadores valencianos. Este año han bajado de número. Son gente fornida y dura, jornaleros de regadío y de secano, acostumbrados a buscar el sustento por los cuatro puntos cardinales. Vienen a los rincones cerealistas, ajustados para cada temporada de siega por un mísero jornal y la comida. Los paladares aunque rústicos saben apreciar las excelencias de la cocinera, sobre todo si ésta es joven y soltera. A la Damiana se le sube la libido cuando los ve enfilarse por el camino a las fincas, ¡los hay tan guapos y tan fuertes!.... El sol hiriente les curte los torsos jóvenes y menos jóvenes, duermen en los pajares y se levantan antes de rayar el alba para empuñar la hoz y convertir los campos en ásperos rastrojos. El Paco y el Sebas dicen que al año que viene alquilarán una máquina cosechadora, las mulas ya están viejas. El Lucas y el Tomás viven ahora en Barcelona, y habrá que ir pensando en cogerles en arriendo las tierras porque hay que producir más trigo.

Menos mal que se acabó el racionamiento. Los americanos-, que deben de ser mucho más ricos que el marqués de Villacidiana -que lo dejó todo a los necesitados de su pueblo-, siguen enviando a la escuela las latas cilíndricas de queso amarillo y los saquitos de leche en polvo que también sirven de alimento a los ratones. Algún que otro malnacido que fue de los primeros en los mítines republicanos y de los que andaban envenenando con propagandas, se alistó en la Falange y así salvó el pellejo para andar ahora al acecho denunciando a todo el que le parece ante la Comisaría de Abastecimientos y Transportes, también llamada Fiscalía de Tasas. Y si no que se lo digan al Mateo que le confiscaron el trigo hace unos años, y ahora le registran la tienda de cuando en cuando. Y es que “el Horcas” no ha perdonado las calabazas de la hermana del Mateo, ¡tan orgullosa y soltera! desbaratándole así todos sus planes para el futuro. En venganza, se ha afiliado al Régimen y se dedica a andar de vigilante y confidente de las autoridades locales y gubernativas. Además para eso es el Presidente de la Hermandad de Labradores, y ya le están preparando un sitio en la Oficina de la Cámara Agraria de Villacidiana, habida cuenta de lo responsable que es y lo bien que desempeña su labor.

Así que ya se pueden andar con cuidado porque entre delaciones y denuncias ha metido en cintura a todos los de Majarón y de los pueblos inmediatos. Que se lo pregunten al recaudador que es muy amigo suyo, y sube dos veces al año a cobrar la contribución, o al Jefe de Puesto de Villacidiana. ¡Pues no meriendan pocas veces juntos! en la bodega del camarada Jacinto, que dicen que es otro más de los alcahuetes. Pero no se atreven a decírselo en la cara. Buen pelo les iba a correr a las malas lenguas. Faltaría más. Si hay que cantar el “Cara al sol” se canta y si hay que ir a misa los domingos obligatoriamente pues se va, que otras cosas peores han pasado durante el estraperlo y el pan negro.

AHPSo 1536



El Paco tiene mucha mano izquierda como Alcalde. Y médico y escuelas no pueden faltarles porque para eso se ocupó de organizar la visita del Jefe Provincial del Movimiento, y corriendo todos los gastos del banquete, la fiesta y el hospedaje a cuenta del edil, que el séquito lo merecía, y no era cosa de perder las influencias. Así que les mandaron un buen médico. Un talento. Ya llevaba seis años, mandado por el Instituto Nacional de Previsión a comienzos del cincuenta y dos. Un pueblo pequeño, ignorado en los altos estamentos oficiales, mal que le pese al Paco, porque la Diputación es bastante rúcana y no lo ha incluido en el presupuesto de acometida y mejora de obras provinciales. No hay agua corriente en las casas lo cual quiere decir que no hay alcantarillado, ni vertido. Aquí la energía eléctrica llegó hace años gracias a las pequeñas centrales construidas en las presas del Peñel. Por ese lado los habitantes tienen una luz amarilla, mortecina, pero que les satisface sobremanera, eso sí, con cortes y apagones frecuentes, lo que les dificulta el oír las emisiones enteras de Radio Andorra, o las de la Pirenaica que esa es una radio clandestina y hay que tener mucho cuidado de no destaparse como oyente. Y el teléfono público otro adelanto que lo lleva la mujer del Práxedes haciendo las veces de operadora, lo que le permite estar a la última en los planes y acontecimientos de los vecinos.

- *¿De qué si no iba a haber vendido las patatas antes que ninguno?, y bien caras que se las pagaron.*

No todos son felices. Escasea el dinero. Algún aprovechado hace negocio prestando bien avalado el cobro, y el peloteo de las letras a quince, treinta y noventa días nutren las cuentas bancarias de Villacidiana. Pero hambre, lo que se dice hambre, aquí no se pasa. La gente cría sus cerdos, sus gallinas, conejos, palomas, y hasta algún pavo para Navidad. En el río hay pesca de cangrejos y de truchas. Hay ganadería de ovejas y cabras. Pobreza, pobreza, no existe. Eso sí el trabajo, rudo, pesado, y sin comodidades. En contraste, hay muy pocos enfermos. Las fiebres maltas, algo de tifus. Puede que la higiene personal deje algo que desear. Las necesidades físicas, es decir los actos naturales de orinar y defecar, se hacen en la cuadra de los animales, que suele estar en los bajos de la vivienda, o en el corral anejo. Y los excrementos, se retiran a un extremo del corral o de la era y se envuelven en la pirámide de estiércol a la que hay que voltear de vez en cuando ayudándose de la horca para estos menesteres. En el invierno los montones del fiemo desprenden calor y un humo blanco producido por la fermentación. Para limpiar las cuadras los hombres se colocan una especie de delantal de lona y, antes de la siembra lo acarrean en los serones a lomos de las mulas llevándolo hasta las fincas para esparcirlo como fertilizante.

Actividades domésticas



En este hábitat, continúa como un vecino más, el mismo y misterioso médico. Una vez salvó a un segador de la muerte por una picadura de víbora, que ya es decir. Igual cura la fiebre, las anginas o la gastroenteritis, que asiste a las parturientas y hace de pediatra con los recién nacidos. No ha reblado en su labor el “Tío Majara”, don Sigfredo, que cierra a cal y canto una habitación de la casa donde vive. Allí nadie puede entrar, ni siquiera la dueña que hace las veces de mujer de la limpieza. ¿Quién es don Sigfredo? ¿Por qué se hace el loco?. Es un tanto raro, se pasa el día escribiendo. No se le conoce mujer ni hijos. Periódicamente le visitan unos hombres con camisa negra. Llegan en una extraña camioneta que no para de dar vueltas con idas y venidas por los montes del Cuervo y de la Mina. ¿Quiénes serán?. El caso es que lo saludan muy cortésmente y un día les acompañaba el Gobernador, eso sí de incógnito. Hay que ver este don Sigfredo, se pasa el día deformándose la mandíbula con gesticulaciones impropias, aún le parecerá poco lo feo que está tan befo. ¿Tendrá familia este gigantón de más de un metro noventa?. Parece un alemán con la tez bermeja y el cabello blanqueándole. A saberlo.

Lee siempre revistas extranjeras lo que le acredita como un hombre que domina varios idiomas, y en alguna ocasión le han visto traducir libros y escritos del español al alemán, y viceversa. Es muy considerado con el Antonio al que siempre agradece sus servicios con una buena propina, porque el chófer no sólo hace el recorrido Majarón-Villacidiana, sino que también conduce un taxi de la misma empresa, y muchas veces hay que subir a Majarón a buscar al médico para llevarlo a la estación coincidiendo con el horario del exprés nocturno. A pesar de su carácter histriónico don Sigfredo es un enigma, un misterio respetado, y como él nunca deja entrever información de sus actividades extra facultativas, en cierto modo no deja de ser una leyenda viva. Eso sí, la gente cuchichea sobre don Sigfredo, los más mordaces le motean con lo de “el Tío Majara”, pero nadie habla de política.

Los más próximos a él, el cura, el secretario, o el maestro, fabrican toda suerte de hipótesis, especulando con la posibilidad de que hubiera sido un espía al servicio del gobierno alemán en la segunda guerra mundial, o incluso le suponen el médico privado de Hitler. Se dice que oculta una emisora en aquella habitación cerrada. Sin duda guarda con sumo cuidado este preciado secreto que le comunica con los jefes y mandatarios de todos los Estados. El caso es que ha mediado en el asunto entre “el Horcas” y el Mateo, porque si no aquí se desata otra guerra. Así no se puede vivir. El Mateo que aunque pícaro y tratante es buen hombre, está cada día más perseguido. Se diría que le han tomado ojeriza, y no paran de darle la vara los de la Fiscalía, y no es que se le conozca ninguna actividad política, pero como “el Horcas” es el comisionado de información y es enemigo acérrimo de la hermana del Mateo, a la que odia a muerte, en el fondo tanto como la desea..., por ahí deben andar los tiros.

El caso es que don Sigfredo ha puesto las cosas en su sitio en la primera ocasión que ha tenido al hablar con el Gobernador de la Provincia, apadrinando al Mateo para que lo dejen con su tienda y sus tierras, que no hace mal a nadie y no es razón de que anden metiéndole multas a diestro y a

siniestro no se sabe por qué bulos y venganzas.

Don Eusebio no corta ni pincha en las cuestiones políticas, pero no se explica las simpatías que despierta el tarara de Don Sigfredo. Y una inquietante curiosidad le induce a tirarle de la lengua. Así es como se ha enterado, -pues Don Sigfredo ha dejado caer nadie sabe si con pretendida intencionalidad-, que ha trabajado en la Marina como médico de a bordo. Afirma que ha nacido en las montañas cántabras. También habla de lugares como la Patagonia, lo cual no es dudoso que conozca. Es un hombre con una vasta cultura y conocimientos del ser humano, y cuando quiere evadir la contestación a cualquier pregunta que no le conviene responder exclama un “yo estoy majara”, con lo cual el suspense y el morbo aumentan entre sus convecinos. Y esta vez todavía con mayor motivo.

Su período de estancia en Majarón, -también tiene gracia la coincidencia del nombre del pueblo con el estado mental del médico-, abarca los años 1.952 a 1.958, aunque falta verificar esta fecha con toda certeza, porque Paco el Alcalde es un desastre para recordar fechas. Precisamente cuando van a concederles las obras de la acometida de aguas y el alcantarillado, han cambiado de destino a su amigo el Jefe Provincial del Movimiento, mira por donde les conceden tantas mejoras, y sin embargo se marcha don Sigfredo. Ahora se explican por qué el facultativo acaba de estrenar un “seiscientos”. De aquí se irá a un pueblo de los Pirineos. Seguro que allí no tendrá coche de línea. Qué lejos, dicen los antiguos.

Los años empiezan a pesar ya en este hombre sombrío, enigmático, oscuro, magnánimo o indolente con sus semejantes. ¿Quién lo sabe?. Pero el Mateo difícilmente olvidará a don Sigfredo. Si no llega a ser por él y su intervención, ahora estaría arruinado por todos los expedientes sancionadores, así que la noticia de su marcha le ha dejado desconcertado, no sólo a él sino a todos los munícipes.

De cualquier manera la vida de don Sigfredo, médico, traductor, es una incógnita en este rincón tranquilo y apacible fertilizado por las aguas del río Peñel. El último galeno de este lugar preparó su viaje cargando toda suerte de cachivaches y papeles, no sin antes haber dejado expedito el cuarto donde guardaba sus misterios aprovechando las horas nocturnas. ¿Quién les vendrá ahora?. Se habían acostumbrado a sus extravagancias, a sus gesticulaciones, ¿dónde van a encontrar un médico como éste?.

Una tarde de estas sin darse uno cuenta se fue la madre del Mateo, en un ataque de esos que no dan tiempo a nada. Cuando llegó don Sigfredo estaba más fría que un témpano. Por eso no es extraño que cualquier día cierre la tienda. Y ya nada sea como antes. Precisamente hoy, en el correo acaba de hacerse oficial la noticia de la concesión de las obras de la acometida de aguas y el alcantarillado. Ahora que han cambiado de destino al Jefe Provincial del Movimiento, precisamente ahora el amigo del Paco, ¡ mira por donde!. Pero hay más, cunde también el comentario de la marcha de don Sigfredo a un pueblo de los Pirineos. A otro país que diría un montañés del Sobrarbe. Les hace duelo que se vaya, ya se habían acostumbrado a su temperamento, ¿dónde van a encontrar un médico tan entendido para este pueblo?. ¿Quién vendrá ahora a esta plaza?.



Poco a poco, los jóvenes se marchan. Algunos forman familia, como Pedro que se casa con Pura, la novia de toda la vida, pero se irán a vivir Madrid. Eso sí, la boda es toda una celebración. Aparte de que los chicos se quieren, de hacienda no andan mal. Heredarán bastante, campos, ganado, un par de yuntas. En la mente de Pura no está el quedarse en el pueblo, que está muy harta de escardar cuando más pica el sol, y de aguantar los hielos de diciembre en plena Navidad esculando la remolacha. Mejor estarán en Madrid. Pedro en una portería que ya le han dicho que es un trabajo que está muy bien remunerado, y además con vivienda gratis, y ella ocupará sus tardes de señora de compañía en alguna casa importante, que para eso no le falta educación y ha leído mucho. Ya se encargará de acarrear a Pedro a los madriles cuando sean marido y mujer. Ahora luce sus encantos de novia. Julia, Luisa, Roberto..., todos se contagian del deseo de salir de Majarón, como si fuera urgente y necesario emprender el vuelo.

El final de curso ha coincidido para alegría de los chavales con la presencia de los titiriteros húngaros. Van a hacer cine en la plaza. Llevan una cabra. Música y colorido. Todo un acontecimiento. Las aulas han quedado sin

mácula, preparadas para el curso siguiente limpias y encaladas las paredes, que ya se encargó el alguacil de este menester, pero el fregado de los pupitres y de los suelos ha sido cosa de las chicas que a partir de los doce y de los trece son un poco mayores y han de acostumbrarse a ser mujeres de su casa y el reposo del guerrero. El día que estuvo el Inspector del Ministerio, ¡qué cara se le quedó cuando vio aquella limpieza deslumbrante!, el orden que allí se respiraba.

Desde un altozano se ve emplearse a don Sigfredo en los menesteres de la conducción de un “Seiscientos”. Bien limpio y reluciente lo ha puesto a punto para su viaje. El homenaje y la despedida por parte de las autoridades locales es muy emotiva, hasta han hecho un hueco en sus labores cotidianas.

- Don Sigfredo, ya sabe donde nos deja, esperamos verle por aquí, que nos venga a ver alguna vez, que no se olvide de nosotros. Tenga, esto es para usted. De parte de la Marta.

Un jamón, un par de quesos, la longaniza, el chorizo, las rosquillas, se amontonan en un par de cestas con bastos envoltorios de papel de estraza. Por un momento a don Sigfredo se le humedecen los ojos y extrae de su cartera un billete de mil pesetas. Mil pesetas.

- Toma Paco, utilízalo para aquellos que no puedan pagar las medicinas.

- Don Sigfredo, deje eso, no se moleste, es mucho dinero.

- He dicho que lo cojas.

Y se lo introduce al Alcalde en el bolsillo de arriba de la chaqueta. Don Eusebio, el cura, mira entre perplejo y celoso a aquel gigante rubio:

- Pues no sabía yo que éste fuera tan generoso, influencias si que debe tener pero de eso a los dispendios de estos dinerales, claro que bien poco ha venido a Misa, ya me podía yo suponer...

Todo cambia vertiginosamente, los pensamientos, las ideas, los proyectos. Hoy acuden igual que fantasmas mentales las estampas y paisajes

de este año mil novecientos cincuenta y ocho, aparecen y desaparecen, igual que la escuela con su oxidada y humeante estufa, y enmudece el griterío de los chavales estrenando las zapatillas para correr por las calles embarradas, llenas de una hermosa libertad. Nadie podrá prever que las cosas y los acontecimientos se hayan precipitado.

Unos pocos afortunados como el Paco y el Sebas, que se resistieron a dejar la ribera de chopos, la iglesia, las ruinas del castillo, las casas apretadas, de vez en cuando sienten la nostalgia y echan de menos, el alborozo de los críos saliendo de la escuela, el repique de las campanas de la iglesia, la alegría festiva de los quintos y el pueblo lleno de gente. Largos recuerdos amontonados de aquellos años de trabajo familiar sin descanso, para ir acaparando la propiedad de unas tierras que les pertenecen por entero. Los campos son suyos, roturados, extensos. Era un lugar donde se amaba, se odiaba, se trabajaba, se vivía y se moría. Ahora duele el cumplir años, dentro de un año, o dos como mucho....

De alguna manera se aferran a revivir aquel tiempo en sus encanecidas y casi centenarias cabezas cuando el mundo era tan distinto y diferente en compañía del “Tío Majara” el médico ocasional por estos pagos, en los años del subdesarrollo rural. El paisaje de las casas, de la plaza, de la fuente, de la iglesia, de las ruinas del castillo, y la ausencia de los que se fueron asoma en una evocación interior entre luces y sombras, como sintiendo el peso de una soledad obligada.

Y así, sin saberlo los sueños, el tiempo y hasta la vida han huido a otro espacio diferente de éste, junto a la maestra jubilada y al último médico de Majarón que emprendió la marcha en su pequeño automóvil devorando la carretera aún sin asfaltar, dejando atrás la ribera de chopos, la iglesia, las ruinas del castillo y las casas apretadas.

Carmen I. García